

Sevilla en ser de los ocupados, y Mutamid hecho prisionero junto con su familia y trasladado a Tánger.

Todavía en la prisión dió muestras de la generosidad propia de los magnates árabes al enviar al poeta Hosrí, que por burla le pidió un regalo, las últimas monedas que tenía ocultas en el calzado.

Al contemplar la diferencia entre los días de su reinado, cuando podía satisfacer plenamente sus costumbres de magnanimidad principesca, cuando vivía con el lujo de la civilización más refinada, cuando su palacio era la posada de los peregrinos, y su crítica severa, aun cuando se mostrase generoso con el poeta, y estos días de la prisión, en que veía a su mujer y sus hijas andar por el fango, hambrientas y cubiertas de harapos, ellas que habían pisado ámbar y alcanfor; en que él mismo estaba prisionero, sin apenas más compañía que algunas veces la de su fiel poeta Ben-al-Labbana, al verse amarrado por una cadena, se llenaba de dolor, fructífero, puesto que lo desahogaba en composiciones poéticas que, como muchas veces, son las mejores de las suyas. Véase la que dedica a la cadena que lo sujetaba:

Cadena mía, ¿no sabes que me he entregado a ti? ¿Por qué entonces no te enterneces ni te apiadas?

Mi sangre fué tu bebida y ya te comiste mi carne: No aprietes los huesos.

Mi hijo Abu Hasim, al verme rodeado de ti, se aparta con el corazón lastimado.

Ten piedad de un niño inocente que nunca temió tener que venir a implorarte.

Ten piedad de sus hermanitas, parecidas a él, y a las que has hecho tragar veneno y coluquintida.

Hay entre ellas algunas que ya se dan cuenta, y temo que el llanto las ciegue.

Pero las demás aún no comprenden nada, y no abren la boca sino para mamar.

Véase también el epitafio que compuso para sí mismo:

¿Qué quieres más, oh tumba? Sé piadosa con tanto honor que a tu custodia fian.

El rugidor relámpago ceñudo

cuando cruce veloz estos contornos,

por mí, su hermano, cuya eterna lluvia

de mercedes refrenas con tu laude,

llorará sin consuelo. Y las escarchas

en ti —lágrimas suaves, gota a gota—

destilarán los ojos de los astros

que darme no supieron mejor suerte.

¡Las bendiciones del Señor descienden,

insunmisas a número, incésantes

sobre quien pudre tu caliente seno!

Mutamid ha llegado a ser el más popular de los príncipes andaluces, siendo admirado como poeta hasta por los beduinos, que pasaban por ser más competentes en materia de lengua y poesía que los árabes ciudadanos.

Ha sido muchas veces estudiado. Dozy le dedicó buen lugar en su *Historia de los musulmanes de España*, y también han escrito sobre él, entre otros, los arabistas González Palencia y García Gómez.

Para detalles y suscripciones dirigirse a las Delegaciones Provinciales de la Sección Femenina de cada provincia respectiva.